

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Movimientos y clases sociales. Apuntes para un debate.

Marcelo Barrera y Fernando Stratta.

Cita:

Marcelo Barrera y Fernando Stratta (2009). *Movimientos y clases sociales. Apuntes para un debate. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1664>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Movimientos y clases sociales

Apuntes para un debate

Marcelo Barrera¹

Fernando Stratta²

INTRODUCCIÓN

Esta ponencia surge a partir de observar que, alrededor de la profusa literatura sobre los denominados movimientos sociales aparecida en nuestro país en las últimas tres décadas, pueden rastrearse, no de modo enteramente transparente, al menos dos posiciones diferenciadas. En el marco de los trabajos de impronta marxista (en sus diversas vertientes) se considera que los movimientos sociales carecen de novedad relevante alguna, de allí que no manifiesten una “disonancia” en la dinámica del conflicto social, y por lo tanto puedan ser subsumidos y comprendidos como expresión de la lucha de clases. Por otro lado, existe un conjunto heterogéneo de investigaciones que, retomando los aportes de las teorías de la acción colectiva y los movimientos sociales, subrayan su carácter novedoso (en la composición de su base social, sus objetivos ideológicos, etc.) y en cierto modo “rupturista”, lo cual impide leerlos linealmente en términos tradicionales de lucha de clases.

¹ Lic. y prof. en Sociología (UBA), becario doctoral del CONICET. Email: marcebarrera@hotmail.com

² Lic. y prof. en Sociología (UBA), becario doctoral del CONICET. Email: peluson21@yahoo.com.ar

De allí que a lo largo de la ponencia contextualizaremos las condiciones sociales de recepción de las teorías de los movimientos sociales en la Argentina, para luego, analizar desde una mirada crítica lo que consideramos son los límites y las potencialidades de las dos posiciones teóricas que se erigen frente a ella.

SOBRE EL CONTEXTO DE RECEPCIÓN

La teoría de los movimientos sociales (en adelante TMS) se hace visible en la agenda académica y política en nuestro país luego de la última dictadura militar (1976-83). Si bien no resultaban estrictamente novedosos, los abordajes de las luchas relacionadas a los derechos humanos, género, vivienda, movimientos barriales o juventud, junto a actores tradicionales como el movimiento obrero y el sindicalismo, caracterizan el terreno donde tendrá recepción la TMS.³

Sin embargo, no es posible dejar de lado que el contexto de la denominada transición democrática, luego del último genocidio en la Argentina, marcó los límites políticos de la elaboración teórica. Así, cobraron significación problemas ocultos en el contexto represivo inmediatamente anterior, relacionados al “componente” autoritario de la sociedad argentina y la necesidad de dar forma a un nuevo orden democrático. De allí la importancia que adquirieron los estudios sobre las distintas formas de acción colectiva que se corporizaban en el marco de la posdictadura, sobre todo aquellas experiencias con una fuerte impronta de participación popular.⁴ Los movimientos sociales fueron analizados, en buena medida, como sujetos políticos que expresaban la crisis paradigmática de un modelo social basado en la industrialización y el sistema cultural que lo acompañaba.⁵ Siguiendo a Santiago Wallace, podemos decir que se actualiza una visión de la democracia que viene de la

³ Entendemos por Teoría de los Movimientos Sociales al corpus amplio y heterogéneo que abarca los aportes de la sociología política norteamericana (y sus críticos) expresada por autores como Ch. Tilly, S. Tarrow o J. McCarthy, entre muchos otros, como también los desarrollos teóricos realizados por A. Melucci, A. Touraine, D. Della Porta, C. Offe, A. Pizzorno en el marco de la “Escuela Europea”. Fue esta última escuela la que tuvo mayor recepción en nuestro país durante los años 80. La influencia de la corriente norteamericana en las ciencias sociales argentinas es posterior dado que cobra fuerza a partir de la década del 90.

⁴ Ver, por ejemplo: Feijoo, M. (1984). Las luchas de un barrio y la memoria colectiva. Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES); Izaguirre, I. y Aristizabal, Z. (1987) Las tomas de tierras en la zona sur del Gran Buenos Aires. Un ejercicio de formación de poder en el campo popular. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (CEAL).

⁵ Cfr. Calderón, F (1985). Prólogo. En Jelin, E. [comp]. Los nuevos movimientos sociales/I. Mujeres. Rock nacional. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (CEAL).

tradición del liberalismo político, variando el discurso acerca del desarrollo latinoamericano que pasa de la “teoría de la dependencia” a la teoría de la “transición política hacia la democracia”.⁶

Los trabajos pioneros en las ciencias sociales en la Argentina sobre los “nuevos movimientos sociales” son emergentes de estos enfoques. Vale la pena resaltar que no se trata de trabajos que, ante el surgimiento de nuevos problemas, demarquen un “corte” con las anteriores tradiciones de investigación. Por el contrario, el estudio de manifestaciones colectivas que escaparan a los canales corporativos e institucionales, apuntaba a dar cuenta de los “potenciales procesos de formación de nuevas demandas y nuevos actores, aún cuando en cada caso se reconozcan y rastreen sus raíces históricas”.⁷

Pueden distinguirse, siguiendo a Elizabeth Jelin, al menos tres formas en que fue descripta la relación entre los movimientos sociales y el contexto sociopolítico durante los años 80:

- a- una visión incremental o gradualista, donde los movimientos sociales, más o menos acotados a sus demandas, van agregándose y consolidando un “movimiento popular” que logra darle dirección política para la transformación social;
- b- una visión que toma en cuenta la crisis de las instituciones políticas tradicionales (fundamentalmente partidos y sindicatos) y postula a los movimientos sociales como una nueva forma de hacer política;
- c- y una visión más culturalista y societal, donde los movimientos sociales no son interpretados en clave política de lucha por el poder, sino como prácticas centradas en la construcción de identidades colectivas.

Asimismo, debe resaltarse que por esos años, bajo la injerencia de los organismos internacionales de financiación, se produce en las ciencias sociales un rotundo viraje, que pasa de centrar su análisis en el conflicto a priorizar el tema de la pobreza como nuevo problema/objeto. Este cambio en el núcleo problemático de las ciencias sociales devino un terreno propicio para la marginalización de

⁶ Wallace, S. (1998). Hacia un abordaje antropológico de los movimientos sociales. En Neufeld, Grimberg, Tiscornia y Wallace (comps.), *Antropología social y política* (p. 345). Buenos Aires, Eudeba.

⁷ Jelin, E (1986). Otros silencios, otras voces: el tiempo de la democratización en la Argentina. En Calderón, F (comp) *Los movimientos sociales ante la crisis* (pp. 21). Buenos Aires, UNU/ CLACSO/ IISUNAM. Un ejemplo del tratamiento que por entonces estas temáticas cobraban en otros ámbitos, puede verse en los trabajos del grupo de documentalistas *Cine Ojo: Por una tierra nuestra* (1985), sobre las tomas de tierras en el conurbano bonaerense; *Hospital Borda, un llamado a la razón* (1986), sobre las condiciones de encierro en las instituciones psiquiátricas; *A los compañeros, la libertad* (1987), que abordaba el tema de los presos políticos que mantenía la democracia, heredados de la dictadura; *Buenos Aires, crónicas villeras* (1988), sobre la expulsión forzada de la población de las “villas” de la ciudad durante la dictadura.

teorías totalizantes como el marxismo, logrando un efecto refractario sobre aquellas visiones holistas de la sociedad.

Según Pierre Bourdieu, uno de los mayores poderes del Estado es el de producir e imponer las "categorías de pensamiento" que aplicamos espontáneamente a las cosas y al mismo Estado. Muchas veces, buscando un análisis crítico de la sociedad utilizamos herramientas conceptuales y metodológicas que están atravesadas por esas categorías de pensamiento que se nos imponen para observar lo real. "El ascendiente del Estado se hace sentir particularmente en el dominio de la producción simbólica: las administraciones públicas y sus representantes son grandes productores de 'problemas sociales' que la ciencia social no hace a menudo sino ratificar al retomarlos por su cuenta como problemas sociológicos".⁸

Un ejemplo de esta imposición estatal de categorías de pensamiento se encuentra en el peso que paulatinamente fue adquiriendo la pobreza dentro de la agenda de las ciencias sociales. De esta forma, si durante las décadas del 60 y el 70 el trasfondo de cualquier investigación estaba dado en torno al conflicto, a partir de comienzos de los 80 se asiste a una mutación, un corrimiento que otorga a la cuestión de la pobreza el status de nuevo nudo problemático. Para usar un término de Denis Merklen, en esta operación de reclasificación los "trabajadores" se descubren "pobres".

No es menor en este cambio del nudo problemático el papel que jugaron, en la Argentina pero también en todo el continente, los organismos internacionales como el BID, el BM o agencias de las Naciones Unidas como la CEPAL o el PNUD. Estos organismos se convirtieron en los principales promotores de una nueva agenda para las ciencias sociales, fundamentalmente por constituir importantes fuentes de financiamiento a la investigación.⁹ Pero al mismo tiempo, en el contexto de la postdictadura muchos intelectuales encontraron en el ámbito de distintas agencias internacionales, burocracias y ONG's, espacios desde donde intervenir en este debate sobre la cuestión social, aunque desde un perfil notoriamente menos "político" y más "técnico" que en décadas anteriores.¹⁰

⁸ Bourdieu, P. (1996). Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático. En revista Sociedad n° 9, Buenos Aires.

⁹ Cabe destacar como antecedente el controvertido "Proyecto Marginalidad", desarrollado a fines de los años 60 con el auspicio de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL), el Centro para el Desarrollo Económico y Social (DESAL) y luego el Centro de Investigaciones Sociales de Instituto Di Tella. El proyecto, que contaba con el financiamiento de la Fundación Ford, no tardaría en abortarse debido a las propias contradicciones que generó entre los investigadores. Sin embargo, en el ámbito de las ciencias sociales fue señalado como un ejemplo de espionaje norteamericano en Latinoamérica.

¹⁰ Merklen, D. (2005). Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003). Buenos Aires: Gorla, p. 101.

En este “descubrimiento” de la pobreza por parte de las ciencias sociales quedó de manifiesto la imposibilidad en el ámbito académico de reflexionar sobre las causas de la misma, limitándose, en cambio, a una descripción pormenorizada. De esta manera muchos de los problemas operantes en la sociedad eran presentados como consecuencia del flagelo de la pobreza, obturando cualquier posibilidad de reflexión sobre sus causas. El resultado de esta operación consistió, no pocas veces, en la aceptación acrítica de un problema que tomaba dimensiones inusitadas para la historia del país.

Por lo tanto, el contexto de recepción de la TMS está atravesado, a nivel social y político, por la denominada transición democrática; y en el plano académico, por una mutación en el nudo problemático hegemónico de las ciencias sociales. Estos elementos condicionaron la elección del aparato teórico con el cual analizar los movimientos sociales.

LOS CONTORNOS “AMPLIOS” DEL SUJETO SOCIAL DE CAMBIO

Si alguna novedad incorpora la TMS para analizar los procesos sociales al calor de las transformaciones estructurales implantadas en nuestra región, es su capacidad para dar cuenta de un sujeto social (un sujeto de cambio social) que adquiere formas más complejas.

Es necesario advertir que rechazamos la negación del sujeto que sostiene el posmodernismo deconstructivista; como tampoco abonamos las tesis de la dilución del conflicto y la emergencia de sujetos de baja intensidad, condenados a la irrelevancia política. Por el contrario, afirmamos la capacidad de constitución de un sujeto colectivo en las actuales condiciones que impone el capitalismo.

En nuestro país, así como en el resto de América Latina, la fuerza de trabajo no es fácilmente ubicable en términos de clase esquemáticos o rígidos. El desarrollo capitalista en nuestro continente delinea una estructura social altamente segmentada y fragmentada. Nos encontramos frente a una clase obrera heterogénea y pauperizada, cuyo panorama actual se caracteriza por: la desocupación ampliada, el subempleo inédito, la informalidad y precarización exacerbada, la caída acentuada de los salarios y la pérdida creciente de los derechos laborales.

Contrariamente a las tesis que postularon el fin del trabajo, lo que se observa no es una reducción del empleo, sino la incorporación de nuevas áreas y servicios sociales a la lógica de las relaciones de producción. El neoliberalismo, a partir del proceso de expansión del capital (privatizaciones de empresas públicas, liberalización de la economía, etc.) ha subsumido (o intentado subsumir) todos los espacios de reproducción, todas las dimensiones de la vida, todos los espacios naturales –por

supuesto incluyendo los recursos naturales— a la lógica del capital. Proceso que ha afectado — alienando y pauperizando— a amplios sectores de la población.

La fuerza de trabajo adquiere una nueva morfología cuyo elemento más visible es su diseño multifacético, como resultado de las fuertes mutaciones que afectaron el proceso productivo capitalista durante las últimas décadas. Esta nueva morfología del trabajo comprende “desde el obrero industrial y rural clásico, en proceso de encogimiento, hasta los asalariados de servicios, los nuevos contingentes de hombres y mujeres tercerizados, subcontratados, que se expanden”.¹¹ Por supuesto la heterogeneidad y la precarización de sus condiciones de constitución la debilitan, limitando sus potencialidades políticas. Como consecuencia buena parte de la clase trabajadora ya no se expresa sólo a través de las instancias representativas tradicionales (como el sindicato), sino que lo hace además por medio de otras estructuras fragmentadas que reconfiguran su identidad y su capacidad autoorganizativa, como por ejemplo las estructuras territoriales.

En estas condiciones, cobra sentido pensar en la existencia de un sujeto popular (sujeto de cambio social) que, si bien la contiene, excede los márgenes que supone reducirlo a la clase obrera industrial. Como afirma el historiador Miguel Mazzeo: “Sostenemos la noción que establece un sujeto popular fragmentado o plural en América Latina. Para el caso argentino la situación presenta en parte como novedosa la pérdida (en términos relativos) de centralidad estratégica de la clase obrera industrial, el actor privilegiado en tanto sector social dinamizador de las luchas populares durante las etapas anteriores. Las nuevas condiciones exigen formas originales de intervención política que den cuenta de la diversidad y del carácter plural de los nuevos sujetos (de la clase)”.¹²

En ese marco, sostenemos que es posible reconocer a un amplio sector de los denominados “nuevos” movimientos sociales como una expresión social y política de las clases subalternas. Creemos pertinente aludir a la novedad de estos movimientos sociales, no por considerar su inexistencia previa, sino que reconocemos que a partir de los años 70, ante la crisis en el sistema de regulación social, emergen conflictos que incluso rebasan las contradicciones de las relaciones de producción (que, por supuesto, no desaparecen). Si bien el trabajo, por la propia organización social capitalista, no puede dejar de ser un factor de integración de la sociedad, los procesos de subjetivación ya no pasan solamente por el ámbito laboral.

Dada su heterogeneidad, tanto en lo que refiere a su base social, sus objetivos ideológicos y las formas organizativas que asumen como legítimas, no creemos que los movimientos sociales puedan

¹¹ Antunes, R. (2007). Al final, ¿quién es la clase trabajadora hoy?. Herramienta 36, pp. 82. Buenos Aires.

¹² Mazzeo, M. (2000). Pensar la herramienta (estratégica) del campo popular. Periferias 8, pp. 28. Buenos Aires.

ser reducidos a un concepto o categoría única que los englobe y que permita explicarlos en su totalidad utilizando una teoría unitaria. Con ello no sólo pretendemos advertir acerca de las diferencias sustantivas manifestadas entre los movimientos sociales de los países centrales y los de América Latina, “entre los valores posmaterialistas y las necesidades básicas; entre las críticas al consumo y las críticas a la falta de consumo, entre el hiper-desarrollo y el subdesarrollo, entre la alienación y el hambre, entre la nueva clase media y las (poco esclarecedoras) clases populares, entre el estado-providencia y el estado-autoritario”¹³, sino también subrayar las divergencias significativas que existen entre los movimientos operantes en el marco de nuestro continente.

Estas diferencias en muchos casos no son percibidas por definiciones genéricas que los entienden como “un sector significativo de la población que desarrolla y define intereses incompatibles con el orden político y social existente y que los prosigue por vías no institucionalizadas, invocando el uso de la violencia física o de la coerción”.¹⁴ Una definición de este tipo abarca expresiones sociológicas y políticas muy diversas, donde podrían ser incluidos tanto un movimiento neonazi como un movimiento de liberación nacional, y paralelamente quedan excluidos de la misma actores colectivos como el movimiento ecologista, los movimientos de las minorías sexuales, etc.

Para diferenciar a los movimientos sociales que consideramos expresión de las clases subalternas de aquellos que no lo son, estimamos conveniente comenzar por lo que ambos tienen de común, lo cual permite diferenciarlos de otros tipos de organizaciones y expresiones colectivas más o menos continuadas en el tiempo. Los movimientos sociales no son meros actores colectivos que sólo busquen satisfacer las demandas de la sociedad civil que el sistema no solventa. Bajo la misma lógica se encuentran las asociaciones vecinales que reclaman por la defensa de los consumidores, mejoras en la calidad de vida, etc. De igual manera las agrupaciones parroquiales que sustentan la dádiva misericordiosa y/o las Organizaciones no Gubernamentales (ONGs) que fomentan la legitimación del pensamiento dominante.

Sin embargo consideramos que tanto la composición de su base social (compuesta por sectores explotados y oprimidos), como los objetivos ideológicos de cambio social, son dos elementos nodales que sí constituyen una clara diferencia al interior del campo heterogéneo de los movimientos sociales. De allí que diferenciamos a aquellos que son expresión de las clases subalternas, de los que en sus prácticas y demandas dejan trascender la ausencia de perspectivas totalizantes. Piénsese en el movimiento de ahorristas acaecido en el 2001-2002, en sectores del movimiento ecologista o incluso el movimiento feminista “sufragista”.

¹³ De Sousa Santos, B. (2001). Los nuevos movimientos sociales. Revista OSAL 5, p. 180. Buenos Aires.

¹⁴ Dalton y Kuechler, citado en De Sousa Santos, op. cit., pp. 177.

Para pensar las características de un sujeto social múltiple nos centramos en movimientos sociales que en su práctica cotidiana desestabilizan y contrarrestan los planes del bloque de poder y el paradigma político dominante. Asimismo podemos definirlos por su genealogía “protopolítica”, entendida como el ejercicio de prácticas creadoras de condiciones para "otra política" en donde la voluntad común se construye y se recrea en pos de transformar las relaciones sociales vigentes. Los movimientos sociales a los que nos referimos sostienen tanto una crítica al orden social capitalista, como una crítica de la emancipación social tal cual fue definida por el “socialismo real”.

En tal sentido, en el caso argentino se destacan el nuevo sindicalismo urbano de base y algunos sectores del movimiento de trabajadores desocupados, los cuales a partir de innumerables prácticas de coordinación y construcción horizontal con otros actores sociales parecen estar revirtiendo la fragmentación devenida de la pérdida-ausencia de “un sentimiento [intersubjetivamente compartido] de que forman parte de un conjunto mayor”¹⁵, elemento que caracteriza la dinámica del conflicto social y político en la Argentina de la posdictadura. No conciben sus luchas reivindicativas como teleológicas, como un fin en sí mismo, desligadas del cambio social, de allí que no concordemos con las posturas que sostienen que los nuevos movimientos sociales “no llegan a plantearse metas ni acciones holísticas”.¹⁶

La multiplicación de “nuevas” formas de conflictividad social en nuestro país y el continente protagonizadas por diversos movimientos sociales (indígenas, campesinos, de trabajadores desocupados, etc.), son evidencia empírica suficiente para descartar cualquier idea reduccionista del sujeto social de cambio. Nos encontramos frente a un sujeto social múltiple, del que vienen a dar cuenta las teorías de los movimientos sociales.

ENTRE EL “SUSTITUISMO” Y EL RECHAZO: LA COMPLEMENTARIEDAD DE LA TMS Y LA TEORÍA DE CLASES

En este punto del trabajo nos referiremos a dos posturas que, según nuestro criterio, han caracterizado la recepción de la TMS en las ciencias sociales argentinas.

En primer lugar puede observarse que la literatura académica abocada al estudio de movimientos sociales fue perdiendo de vista los vasos comunicantes entre las “nuevas” reivindicaciones y las “viejas” expresiones de lucha. Esto se produce en el marco de una creciente tendencia a los análisis

¹⁵ Izaguirre, I. (2006). Movimientos sociales y lucha de clases. Sociogénesis de una sustitución conceptual en el discurso académico. *Crítica de nuestro tiempo* 4, p. 4. Buenos Aires.

¹⁶ Calderón, F y Jelin, E. (1987). Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades. Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), p. 21.

microsociológicos o, para decirlo en términos de Maristella Svampa, a una sociología de la descomposición social. En efecto, “la naturalización de un análisis de los procesos de cambio desde la sola óptica de la descomposición social, suele minimizar –o en el límite, negar– las brechas que pueden abrirse desde la acción colectiva”.¹⁷ De esta manera, en los trabajos que ganaron un amplio lugar y prestigio en la academia argentina, se asiste muchas veces a una sustitución conceptual en donde conceptos como clase y lucha de clases son reemplazados sin un verdadero proceso de “reflexividad”¹⁸ por términos como actores o protesta social.¹⁹

La segunda actitud que se advierte en relación a la TMS es su rechazo o desestimación en cuanto se considera que no aporta elementos sustantivos para la explicación de la conflictividad social emergente. En esta clave, procesos sociales complejos como las tomas masivas de tierras durante la década del 80 en el conurbano bonaerense eran explicados a partir de las leyes de acumulación del capital, en tanto fueron protagonizados por fracciones del proletariado “sobrante” repelido de los territorios sociales que ocupaban, producto de un cambio en las estructuras sociales del país.²⁰ En cierta forma, ante la sospecha de que los trabajos sobre “nuevos movimientos sociales” diluyen el conflicto de clases, esta postura considera a la TMS como un discurso funcional a la reproducción del sistema. Incluso, desde esta perspectiva, se piensa la incorporación de la TMS a nuestro medio como “resultado ideológico”, en el plano académico, de los efectos culturales, políticos e ideológicos producidos por la última dictadura militar (1976-1983).

Distanciándonos de estas dos posturas, afirmamos que la TMS viene a complementar una teoría de clases que, necesariamente, no puede permanecer estática para dar debida cuenta de la complejización de los procesos en que se constituyen los sujetos sociales en la actualidad. De hecho, algunos autores que forman el corpus teórico que se reconoce en el análisis de los movimientos sociales son parte de una renovación dentro de la corriente marxista (piénsese, por ejemplo, en Claus Offe).

Sin embargo, esto no nos exime de un esfuerzo por repensar la TMS en los contextos regionales. La traslación mecanicista o, aún peor, la imposición conceptual que tiene lugar muchas veces en la

¹⁷ Svampa, M (2008). Reflexiones sobre la sociología crítica en América Latina. En Cambio de época. Movimientos sociales y poder político (pp. 20-24). Buenos Aires: Siglo XXI/CLACSO.

¹⁸ Para Pierre Bourdieu, la reflexividad puede definirse como la inclusión de una teoría de la práctica intelectual como componente integrante y condición necesaria de una teoría crítica de la sociedad.

¹⁹ Ver, por ejemplo, Auyero, J (2004). Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimientos. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

²⁰ Ver, por ejemplo, Iñigo Carrera, N y Pastrana (1989), J. Repulsión de población, resistencia a las leyes del capital, recomposición de las luchas del campo popular en las ocupaciones de tierras (1988). Buenos Aires, CICSO, Cuaderno n° 64.

academia no permite un ejercicio necesario de traducción (en el sentido de conversión y creación) que recupere las tradiciones de lucha de los pueblos de nuestro continente.

Creemos falsa la dicotomía que opone el análisis de las clases al enfoque de los movimientos sociales. Por el contrario, en América Latina ambas perspectivas deben complementarse en la búsqueda por comprender y, fundamentalmente, contribuir a un sujeto popular que sea partícipe en los procesos de emancipación social.

CONCLUSIONES

A lo largo de la ponencia hemos intentado analizar críticamente el contexto social en que se recepciona la TMS en nuestro país, así como también indagar en las diversas posturas frente a la misma. No consideramos acertado el sustituisimo que olvida que el análisis de los movimientos sociales no se puede desvincular de la lucha de clases, los “actores” no pueden ser pensados por fuera de los mecanismos y relaciones de producción y reproducción capitalista. Asimismo, la perspectiva del rechazo de la TMS carece de una problematización adecuada que de cuenta del hecho empírico que hoy las clases subalternas exceden los marcos estrictos de la clase obrera industrial, algo que señalaron las TMS al enfatizar las potencialidades que portan los movimientos sociales, entendidos como expresiones de los sectores sociales subalternos.

Lo dicho en el trabajo nos permite afirmar que en el campo de las ciencias sociales en la Argentina existe una ausencia de articulación entre la TMS y la teoría de clases. Operación intelectual que la emergencia en nuestro continente de un nuevo sujeto social múltiple nos impone como necesaria y urgente. Si bien nos parece claro que la TMS, tanto en sus versiones europea como norteamericana, es insuficiente para analizar las realidades de Nuestra América, esto no debe habilitar su rechazo, sino que debe ser impulso para incorporarlas críticamente en una teoría de los movimientos sociales con raigambre en un marxismo latinoamericano.

Bibliografía:

- Antunes, R. (2007). Al final, ¿quién es la clase trabajadora hoy?. Herramienta 36. Buenos Aires.
- Auyero, J (2004). Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimientos. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Bourdieu, P. (1996). Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático, en revista Sociedad n° 9, Buenos Aires.
- Calderón, F (1986) [comp]. Los movimientos sociales ante la crisis. Universidad de las Naciones Unidas (UNU)/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)/ Insdtituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de México (IISUNAM).
- Calderón, F y Jelin, E. (1987). Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades. Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES).
- De Sousa Santos, Boaventura (2001). Los nuevos movimientos sociales. Revista OSAL 5. Buenos Aires.
- Iñigo Carrera, N y Pastrana (1989), J. Repulsión de población, resistencia a las leyes del capital, recomposición de las luchas del campo popular en las ocupaciones de tierras (1988). Buenos Aires, CICSO, Cuaderno n° 64.
- Izaguirre, Inés, (2006). Movimientos sociales y lucha de clases. Sociogénesis de una sustitución conceptual en el discurso académico. Revista Crítica de nuestro tiempo 4. Buenos Aires.
- Jelin, E. (1985) [comp]. Los nuevos movimientos sociales/1. Mujeres. Rock nacional. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (CEAL).
- Jelin, E. (1985) [comp]. Los nuevos movimientos sociales/2. Derechos humanos. Obreros. Barrios. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (CEAL).
- Jelin, E. (1987). Movimientos sociales y democracia emergente/1. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (CEAL).
- Mazzeo, Miguel (2000). "Pensar la herramienta (estratégica) del campo popular", en Periferias, Revista de Ciencias Sociales, año 5, n° 8, segundo semestre, Buenos Aires.
- Merklen, D. (2005). Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003). Buenos Aires, Gorla.
- Svampa, M (2008). Cambio de época. Movimientos sociales y poder político. Buenos Aires, Siglo XXI/CLACSO.
- Wallace, S. (1998). Hacia un abordaje antropológico de los movimientos sociales. En Neufeld, Grimberg, Tiscornia y Wallace (comps.), Antropología social y política. Buenos Aires, Eudeba.